Gaceta Médica de México

PERIODICO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Tomo LXI.

MEXICO, MARZO DE 1930.

Núm. 3.

TRABAJOS REGLAMENTARIOS

Algo de lo que en el ejercicio de la profesión puede acontecer al médico que va de la Metrópoli a la Provincia

POR EL DR. RAMON PARDO

Sres. Académicos:

HACE algunos días el Honorable Sr. Presidente de la Academia, por medio de una comunicación, me invitó a manifestarle el punto sobre que versaría esta lectura reglamentaria; no pude satisfacer sus deseos con la merecida prontitud, por no disponer de asuntos que fijaran mi atención: un caso clínico que se habría prestado a interesantes comentarios y resuelto para mí, en provechosas enseñanzas, tenía el inconveniente de no ser una observación concluída; una circular del Sr. Arzobispo de Oaxaca Don Antonio Bergosa y Jordán a los párrocos de Antequera, fechada en Abril de 1802 acerca de la operación cesárea; notas sueltas recogidas en el ejercicio de la profesión; en fin, asuntos varios que, a primera vista, proporcionaban otros tantos temas, pero que, por distintos motivos, no adquirirían al aborarlos, la fijeza necesaria.

Tal fué la causa de mi silencio; que mis primeras palabras sean una

amplia satisfacción a nuestro señor Presidente y una súplica para que se sirva perdonar tan penosa descortesía

Desde luego, es lamentable para mí, tener que interrumpir la serie de trabajos que venía desarrollando en mis lecturas reglamentarias, referentes a lo que puede llamarse, casos de patología social, con la intención de señalar a nuestros sabios, lacras distintas de nuestro medio, miserias que hieren a nuestra raza y en nombre de la cual, alguien debiera señalar la herida. Yo espero estar en posibilidad de reanudar esa labor; entre tanto, falta de material para escribir, permitidme que tomándome por punto de observación a mí mismo, os diga algo de lo que, en el ejercicio de la profesión, puede acontecer al médico que vá de la Metrópoli a la Provincia, con el fin de presentaros una condición del médico en su conflicto con el medio social y, correlativamente, un aspecto del medio, ante el ejercicio profesional.

De un modo general, el movimiento científico y pudiera decir, cultural, va del centro a la periferia y, como casos de excepción, de la periferia al centro: de ahí que, desde los puntos de vista científico y cultural, la metrópoli conozca a las capitales de las provincias, menos bien de lo que estas capitales conocen a la metrópoli; en las primeras el intelectual tiene la cara dirigida a la segunda, en la segunda los intelectuales dan la espalda a las primeras; así se explican hechos inesperados que, de tiempo en tiempo, llegan por la espalda a los metropolitanos haciéndoles volver la cara: el 25 de julio de 1900, siendo yo, Director del Hospital de Caridad de Oaxaca, se pudo practicar en el enfermo Lorenzo Cruz, natural de San Felipe del Agua y de 35 años de edad, la amputación de la pierna izquierda, en el lugar de elección, empleando la cocainización lumbar, por primera vez en la República, gracias a la lectura que había yo hecho, en el número del 16 de mayo de la Semana Médica de un artículo del Profesor Tuffier denominado: «Anestesia Medular Quirúrgica por inyección subaracnoidea lumbar de cocaína. Técnica y resultados»; y la mejor refutación a las doctrinas metafísicas de los señores Caso y Vasconcelos, salió de la pluma del Profesor de Filosofía, en el Colegio de San Nicolás de Morelia, Dr. Don José Tórres, con su artículo titulado «La crisis del positivismo» publicado el año de 1926, en el número correspondiente a febrero del Boletín de la Secretaría de Educación Pública y en cuyo artículo, me hizo el honor de citar, en apoyo de su tesis, algunos conceptos vertidos por mí en el informe que, como Director del Instituto de Oaxaca, rendí al Gobierno del Estado el año de 1923; casos de excepción, pero que demuestran la necesidad de un intercambio mejor, científico y cultural entre la capital y las provincias, tal como el que inició el Sr. Dr. Pruneda con una serie de pláticas que tuve el honor de inaugurar y que entiendo, se han suspendido después.

Para mi intención, debo entender por provincia, no la capital de un Estado; sino el Estado todo con sus diversos centros de población y que pueden presentarse al médico, recientemente salido de la Escuela, como otras tantas posibilidades para ejercer su profesión.

La capital ocupa, en realidad, una posición intermedia y la condición del médico que vá de la metrópoli a la provincia, se esfuma en esta posición; de ahí la necesidad de considerarla en una situación más extensa comprendiendo en ella, las poblaciones que llamaría de tercer orden y que, en la división política del territorio, constituyen las cabeceras de los distritos, cantones etc.

Más allá de estas poblaciones vive la masa analfabeta, marcadamente excéntrica; el indio que pasa por su valle de lágrimas, cargando con su vida y su tristeza. Casi sin intermedio se pasa así de la luz a la tiniebla y esto, aún en poblaciones en las que, por circunstancias muy especiales, el alfabetismo del indio ha alcanzado ciertos límites; en Oaxaca, por ejemplo, es común que los indios de los alrededores, especialmente de la sierra de Ixtlán, se presenten en las casas de la ciudad llevando a un hijo en calidad de sirviente; este muchacho, por lo regular, mayor de diez y menor de veinte años, presta sus servicios gratis, con la condición expresa de que concurrirá a la escuela por la noche; lograda cierta instrucción, este indio se vá y es sustituido por otro; pero esta instrucción no alcanza el límite que le hiciera comprender la utilidad del médico; enfermo de algo interesante, lo natural para él, es que lleguen sus padres y se lo lleven, irremisiblemente, a su medio.

Una cabecera de distrito, por lo menos en Oaxaca, es una población, pequeña y de pocas necesidades; los empleados públicos con sus familias, comerciantes en cortas proporciones que, de cuando en cuando, visitan la capital del estado, un cacique prominente en el pueblo por su relativa fortuna y algunas familias más, constituyen la sociedad de estos lugares en los que se ve, de tarde en tarde, al dueño de la hacienda cercana de paso por el portal del Municipio.

En esta colectividad y hace veinte años, existían tres personas, que por su posición y trato frecuente con los vecinos, podían influir en sus costumbres y mejoramiento social; el Juez de Primera Instancia, el Jefe Político y el señor Cura; desaparecidas las jefaturas políticas y sustituido el Juez letrado por el Juez lego, es decir, el abogado por el huizachero; desde hace diez o doce años, quedó el señor Cura como persona de mayor prestigio; si mis recuerdos no son malos, cuando una parte de la comisión que presidió el Sr. Gamio para estudiar el Valle de Oaxaca, después del estudio que hizo del Valle Teotihuacán, se presentó en la cabecera de Ocotlán, encontró las puertas cerradas y el medio hostil; fué necesario que el señor

Cura satisfecho del objeto por las explicaciones de la comisión, hablara con los vecinos para que el medio se convirtiera en propicio; desgraciadamente, los señores curas no están siempre, en posibilidad de escuchar y comprender a comisiones científicas ni a médicos; el señor cura Don Maximiliano Reyes, desde un pueblo del Estado, llegó al Hospital de Caridad sobre el lomo de un asno; tenía un pié gangrenado y el exámen de la orina demostró que era diabético, acostado en su cama, lívido y sudoroso, me oyó decirle que era necesario cortar la pierna; bruscamente y haciendo a un lado las sábanas que lo cubrían, exclamó: pues córtela desde luego. No señor, necesitamos preparar la operación, darle a Ud. cloroformo. Cloroformo? me dijo, y eso qué es?

El hacendado cercano tiene su médico en la capital, suele suceder que, en los casos de urgencia, para trasladarlo a ella, se vaya en tren especial; tal me ocurrió en dos o tres ocasiones, pero no siempre es así y he conocido a uno con el puño de la mano en muy mala situación, por una fractura de la extremidad inferior del radio; lo había atendido un indio, seguro como estaba de que los médicos no entienden de componer huesos.

Notaréis que en esta enumeración, no he mencionado al maestro de la escuela; es que los maestros de escuela no son personas influyentes; el maestro está en la escuela con sus niños, les enseña la raíz cuadrada, la declinación de los nombres y la conjugación de los verbos; esos niños saben lo que suman los ángulos de un triángulo, lo que mide el diámetro de la tierra y creo que hasta las montañas de la Luna; pero esta enseñanza en nada ha modificado el medio que permanece tal cual; por otra parte, he conocido a un profesor normalista que ocupaba un puesto distinguido en el ramo de educación y que al enumerar, en una clase de Geografía, las ciudades de Estados Unidos, mencionaba la ciudad de Nueva York City y la ciudad de Jersey City.

* * *

De un medio así, donde el menor suceso, al rodar de la noticia, se convierte en verdadero acontecimiento, donde todo se sabe y todo se propaga, surge, ante el médico novel que llega de la metrópoli, una figura digna de tomarse en cuenta y que se llama, el curandero.

Que cosa es el curandero? mejor dicho, quién es el curandero? Para vosotros, el curandero es un pobre diablo, para el médico que llega adonde aquél ha sentado sus reales, el curandero es una figura interesante, es un rival astuto y, en ocasiones, un hombre peligroso.

En estas poblaciones suelen existir aficionados que, con inclinaciones naturales, encuentran en el ejercicio de la medicina, un auxiliar que contribuya a llenar sus necesidades y desempeñan un papel donde a su juicio,

hace falta quien lo desempeñe; hombres de buena educación y respetuosos con el médico, tal es el caso del señor Innes de Ejutla; los hay también, quienes toman la medicina como medio exclusivo de vida y que, en su modesta esfera, gustan de adquirir el conocimiento y hasta de imponer la práctica que han podido fundar en él; el señor Rojas en el distrito de Ocotlán y, según sé, por el año de 88, hizo que se aceptase el calomel en el pueblo, contra la opinión general que veía esta droga como un veneno, parecer que en la metrópoli, comparten, actualmente, muchas personas bajo la influencia de los homeópatas; al lado de estos, hay curanderos ignorantes, tal era Chano Suárez de Zimatlán, todo lo curaba con el Bálamo Aberrióniano y cuando estuve una corta temporada en aquel pueblo, delante de mí preguntaba con insistencia por el Balsamo de Edmundo Alantéz, como llamaba él al personaje del Conde de Montecristo; los hay audaces y que emprenden las mayores empresas: en Pinotepa Nacional existió Don Lucas Caballero, como le llamaban los vecinos, secretario del Juzgado de Primera Instancia, primero, se convirtió luego en práctico, haciendo a su modo, cuantas autopsias le vinieron a las manos; su compadre el arriero José Montes portaba un cálculo en la vejiga, y el mejor día, después de exigirle su consentimiento escrito, por sí lo echaba a perder, lo embriagó, libó él también alcohol y sobre una peña, en el llano de la Cruz, le extrajo la piedra por el perineo dejando sano al enfermo.

Pero esta audacia, que asombra y conduce a serias reflexiones sobre las posibilidades del hombre inculto, que burla las vacilaciones del médico desconfiado de sus recursos y consciente de que ejerce una profesión de responsabilidades, anonada cuando, dirigida por el mal, borrando todo escrúpulo y haciendo a un lado toda moralidad, clava lo perverso en lo increíble, porque entonces se siente el calosfrío del crimen.

La ciudad de Tlaxiaco se ha llamado con justicia la Metrópoli de las Mixtecas; yo la visité hará 30 años y entonces, su población, su importancia comercial, su sociedad, le daban derecho a este título; había en ella, un curandero, era alto, vestido de negro, con su botica y el viso especial que da, en una población pequeña, la circunstancia de estar casado con la hermana de un personaje oriundo de aquel lugar y que, con su brillante posición en México, su actividad y su talento, ha hecho que con él, se recuerde el nombre de la provincia que lo vió nacer; un parentesco político así, procura consideración, presta personalidad y, a veces, también, despierta envidias; quizá fruto de éstas haya sido el rumor de que el individuo aludido, llevara siempre un puñal, en la bolsa del jacquet; debo decir que, en aquel tiempo, no se acostumbraba usar pistola y menos, aún, usar puñal.

Una tarde con motivo de una consulta, me visitó una señorita de la población, se trataba de algún trastorno de estómago y le prescribí seis pa-

peles conteniendo, entre otras cosas, tres centigramos de polvo de hojas de belladona; a las ocho de la noche se presentó, nuevamente, en mi domicilio, acompañada de una persona de su familia, sintiéndose mal, con perturbaciones de la vista, la cara enrojecida, los ojos brillantes, las pupilas, fuertemente, dilatadas y la garganta seca; si mal no recuerdo, por precaución había devuelto el estómago y se la hizo devolver repetidas veces con agua tibia; se trataba de una intoxicación por la belladona inexplicable con la cantidad prescrita; puestos en práctica los medios de que pude disponer, la enferma recobró la salud.

Al siguiente día y en primeras horas, llegó a mi casa el señor Jefe Político, amigo mío desde entonces y cliente hasta el final de sus días, llevaba la receta y uno de los papeles recetados; acompañado de mí, se presentó a la botica en la que hubo con el dependiente este corto cambio de palabras. Esta receta, dijo el Jefe, se despachó aquí ayer. Si agregué, yo, la receta tiene tres centigramos de polvo de hojas de belladona. Es cierto, contestó el dependiente, pero mi jefe ordenó que yo pusiera tres gramos y eso fué lo que yo puse; es decir, que cada papel, contenía cincuenta centigramos de la droga.

El accidente quedó explicado y mi responsabilidad salvada; ahí quedaron las cosas, ignoro cuál sería la opinión del vecindario; dos semanas más tarde, a caballo, con un guía y al azar de una marcha fatigosa, iba por la garganta de la sierra, a un lado el cerro del Jazmín, donde había luchado una ambición y ante los ojos, un punto de interrogación abierto sobre el gran panorama de la vida.

* * *

Tales accidentes, no solo ocurren en estas poblaciones, acontecen también, en la misma Capital de la provincia y si son producidos por distintos sentimientos, no hay duda que todos derivan de la situación provinciana del médico que los experimenta.

Siendo todavía joven, pero ya establecido en Oaxaca, atendía a una familia muy distinguida de la ciudad y emparentada con un conocido médico radicado, en vida, en la Capital de la República, profesor de la Escuela Nacional y miembro de esta honorable Academia. La señora de más de cincuenta años, comenzó a padecer accesos de taquicardia que se prolongaban varias horas, la impresionaban y la hacían sufrir sobre manera; una ocasión me manifestó haber consultado con el maestro y recibido de él una receta que puso en mis manos y estaba concebida en estos términos: Digitalina—2 centigramos, en 15 píldoras para tomar una cada cinco minutos hasta que terminara la palpitación.

Para el inferior, era muy aventurado, en los días de mi juventud, per-

mitirse observaciones abiertas acerca de un maestro que ha conquistado un nombre y cuyos méritos, la familia provinciana se complace naturalmente en patentizar; tal vez, indiqué, haya habido aquí una falsa interpretación; imposible, para la señora, las falsas interpretaciones, no eran admisibles en este caso; quizá el farmacéutico, no encontrando especificada la clase de digitalina, podría poner alguna objeción y no despachar la fórmula; pero en México, todas las fórmulas del señor doctor se despachaban en las boticas, sin que se supiera de objeciones de naturaleza alguna; ningún pretexto resultaba bueno, finalmente, se convino en que yo escribiría al maestro explicando las cosas y esperaríamos la contestación.

Mi carta, respetuosamente, pero con toda claridad, ponía de manifiesto la vaguedad de la fórmula, la diversa dosificación de las digitalinas, cristalizada, francesa de Nativelle y amorfa de Homolle y Quevenne, la dificultad en el despacho de la receta y la circunstancia de dar una píldora cada cinco minutos teniendo un márgen de quince.

Así marchaban las cosas y sucedió que una madrugada alrededor de las tres, tuve que ir a la casa de mi enferma por el acceso de taquicardia; mi carta no había tenido contestación, pero el maestro mandó de México a la familia, una caja conteniendo quince píldoras y la prescripción de dar una cada cinco minutos hasta dominar la palpitación.

Allí estaba la caja con las píldoras, la señora en su cama había tomado ya dos, no recuerdo si con intervalo de cinco o de diez minutos y yo, personalmente, le dí la tercera y desventurada píldora.

A poco la enferma comenzó a tener hipo, basca seca, la nariz se filaba y yo le vi una palidez de muerto, le tomé el pulso y lo encontré francamente, bigeminado; no tuve duda, presenciaba un envenenamiento por la digital; hacer que la enferma devolviera, aceite alcanforado, éter; la enferma no devolvía; el conocimiento del accidente se abre paso en la mente de los presentes, se llaman a las hijas casadas, bien pronto las familias vendrían; por mi parte miro el camino, encuentro el nudo, pero en todas las situaciones de la vida, mi primer movimiento siempre es de timidez; llamaría a un compañero, pero yo había dado la tercera píldora, quizá la que había desatado el accidente y prestar un servicio a esas horas y en tales circunstancias es muy difícil, en cambio hacer un comentario es lo más fácil y si el comentario es desfavorable se convierte en cosa de muy general aceptación.

Mi antecesor en la atención de la familia, era un médico experimentado, de serenidad y recursos; pero, desgraciadamente, en sus relaciones con los médicos, gustaba de poner una gota de hiel; la familia decidió llamarlo, había salido desde la víspera y aquel domingo no estaba en la ciudad; es-

tuve pues, solo; al medio día, pude separarme de la recámara de la enferma para volver después y por la tarde el accidente estaba conjurado y la enferma salvada.

* * *

Cuando fui Presidente Municipal de la ciudad de Oaxaca y siendo, también Director del Instituto, recibí varias veces, listas del Consejo Superior de Salubridad, en las que se enumeraban poblaciones de la República con cinco y diez mil almas, sin médico y repetidas ocasiones, en esta ciudad de México, he oído frases desfavorables para los médicos que se concentran, sobre todo, en la capital, sin pensar en esas poblaciones abandonadas; sería interesante que alguno de los señores del Consejo dejara en México los recursos con que cuenta y solo y pobre, casi sin útiles; naturalmente, sin laboratorios donde mandar examinar todo lo que se le ocurra, se marchara a una de esas poblaciones a pasar una temporada, viviendo de su profesión y de vuelta nos dijera si el Consejo con sus listas, puede llevar al médico a los pueblos que carecen de él y evitar la concentración de los médicos en la capital.

El asunto es mas hondo y como muchos de los nuestros toca el problema de nuestra educación. El médico es fruto de la cultura y de la civilización; pero el grano de esa cultura, la semilla de esa civilización, no es él, es otro, otro que aunque no enseñe las montañas de la Luna, despierte el aliento, estimule la sinceridad, valore la cooperación, enseñe a estimar al hombre cualquiera que sea su situación, que arranque prejuicios y borre preocupaciones y que, antes de renovar a los demás, comience a renovarse a sí mismo, pues nadie, en el mundo, ha podido hacer renglones derechos con pautas chuecas.

En el primero de los casos que he narrado fui víctima, acaso del egoísmo, tal vez de la maldad, quizá de la ignorancia; en el segundo, lo fui de un desaire, del desaire de un maestro que convirtió mi carta en letra muerta; la responsabilidad que me tocó por haber dado la tercera píldora, contentando a una familia y secundando la ordenanza del profesor a quien, justamente, debía suponer informado de mis explicaciones, ya que de México mandó las píldoras, esa responsabilidad quedó bien castigada con mi angustia y deseo que haya sido satisfecha con haber dominado la situación. Por lo demás, respetables maestros, la humanidad es la misma en todas partes y cualquiera que sea el esfuerzo, sea cual fuera el sacrificio, el hombre será siempre arrojado por la ola a la playa en donde tenga un destino que cumplir, bueno o malo, cruel o misericordioso.

México, noviembre 27 de 1929.